

LA TRANSFIGURACIÓN DE NUESTRO SEÑOR

- Según los escritos de la mística italiana María Valorta.

La luz aumenta mucho más por dos llamas que bajan del Cielo y se ponen al lado de Jesús. Cuando están ya sobre el verdor, se descorre su velo y aparecen dos majestuosos y luminosos personajes. Uno es más anciano, de mirada penetrante, severa, de larga barba partida en dos. De su frente salen cuernos de luz, que me lo señalan como a Moisés. El otro es más joven, delgado, barbudo y veloso, algo así como el Bautista, al que se parece por su estatura, delgadez, formación corporal y severidad. Mientras la luz de Moisés es blanca como la de Jesús, sobre todo en los rayos que brotan de la frente, la que emana de Elías, es solar, de llama viva.

Los dos Profetas asumen una actitud de reverencia ante su Dios encarnado y si les habla con familiaridad, ellos no pierden su actitud reverente. No comprendo ni una de las palabras que dicen.

Los tres Apóstoles caen de rodillas, con la cara entre las manos. Quieren ver, pero tienen miedo. Finalmente Pedro habla: "¡Maestro! ¡Maestro, óyeme!" Jesús vuelve Su mirada con una sonrisa. Pedro toma ánimos y dice: "¡Es bello estar aquí Contigo, con Moisés y Elías! Si quieres haremos tres tiendas, para Ti, para Moisés y para Elías, ¡nos quedaremos aquí a servirte!..."

Jesús lo mira una vez más y sonríe vivamente. Mira también a Juan y a Santiago, una mirada que los envuelve amorosamente. También Moisés y Elías miran fijamente a los tres. Sus ojos brillan, deben ser como rayos que atraviesan los corazones.

Los Apóstoles no se atreven a añadir una palabra más. Atemorizados, callan. Parece como si estuvieran un poco ebrios, pero cuando un velo que no es neblina, que no es nube, que no es rayo, envuelve y separa a los tres gloriosos detrás de un resplandor mucho más vivo, los esconde a la mirada de los tres, una voz poderosa, armoniosa vibra, llena el espacio. Los tres caen con la cara sobre la hierba.

"Este es Mi Hijo amado, en quien encuentro Mis complacencias. ¡Escuchadlo!"

Pedro cuando se ha echado por tierra exclama:

"¡Misericordia de mí que soy un pecador! Es la Gloria de Dios que desciende". Santiago no dice nada. Juan murmura algo, como si estuviese próximo a desvanecerse: "¡El Señor ha hablado!".

Nadie se atreve a levantar la cabeza aun cuando el silencio es absoluto. No ven por esto que la luz solar ha vuelto a su estado, que Jesús está solo y que ha tornado a ser el Jesús con Su vestido rojo oscuro. Se dirige a ellos sonriente. Los toca, los mueve, los llama por su nombre.

"Levantaos. Soy Yo. No tengáis miedo" dice, porque los tres no se han atrevido a levantar su cara e invocan misericordia sobre sus pecados, temiendo que sea el Ángel de Dios que quiere presentarlos ante el Altísimo.

"¡Levantaos, pues! ¡Os lo ordeno!" repite Jesús con imperio. Levantan la cara y ven a Jesús que sonríe.

"¡Oh, Maestro! ¡Dios mío!" exclama Pedro. "¿Cómo vamos a hacer para tenerte a nuestro lado, ahora que hemos visto Tu Gloria? ¿Cómo haremos para vivir entre los hombres, nosotros, hombres pecadores, que hemos oído la Voz de Dios?".

"Debéis vivir a Mi lado, ver Mi Gloria hasta el fin. Hacedos dignos porque el tiempo está cercano. Obedeced al Padre Mío y vuestro. Volvamos ahora entre los hombres porque he venido para estar entre ellos y para llevarlos a Dios. Vamos. Sed santos, fuertes, fieles por recuerdo de esta hora. Tendréis parte en Mi completa Gloria, pero no habléis nada de esto, a nadie, ni a los compañeros. Cuando el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos y vuelto a la Gloria del Padre, entonces hablaréis, porque entonces será necesario creer para tener parte en Mi Reino".

Canal Pueblo de María

(Telegram)

<https://t.me/pueblodemaria>